



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

Felipe Neri

Una de las figuras de la revolución suriana más llena de colorido, es la de Felipe Neri.

Se antoja como una viva reencarnación de los legendarios “chinacos” que cantara “Fidel”: de recia complexión, de alma noble, fiero en el combate y activo, como un viejo guerrillero ansioso de descargar su arma contra el enemigo, al que busca incansable, Neri ejercía sobre “sus muchachos” la influencia decisiva de su valor temerario, de su serenidad pasmosa, de su admirable “sangre fría”; de él pudiera decirse, con el andaluz del cuento, que tenía el corazón hecho de hielo rojo.

Fue de los primeros en alistarse al lado de Zapata, en las filas revolucionarias.

Durante el famoso sitio de Cuautla, en mayo de 1911, atacaba al frente de su “cuerpo de dinamiteros”, una posición enemiga y uno de los proyectiles, una de las terroríficas “bombas”, lanzada torpemente, vino a estallar a sus pies, causándole serias heridas y la pérdida del sentido del oído.

Triunfante el movimiento maderista, Neri se radicó en México, para atender a su curación; permaneció ajeno a las diferencias surgidas entre el núcleo zapatista y el Interinato que presidió De la Barra, y así, retirado a la vida privada, regresó a Morelos cuando se hizo cargo del Primer Poder de la República, don Francisco I. Madero.

Hombre de trabajo, explotaba hasta antes de la iniciación de la lucha, unos hornos de ladrillo en la hacienda de Chinameca; sus productos le permitían vivir libre de la esclavitud del jornal, y, pensando rehacer su pequeña industria, fue a ver al "patrón"; pero, Neri, a los ojos de éste, había cometido el pecado enorme de "convertirse en bandido" y sólo logró ser admitido en calidad de "peón".

Pobre, por la falta de trabajo durante su larga convalecencia, vióse obligado a someterse a la dureza de aquella brega para alimentar a los suyos, y arreando de sol a sol los bueyes de la yunta, soportaba las vejaciones, las humillaciones, los insultos de que lo hacían blanco y objeto, los capataces y encomenderos de la finca, que reían bonitamente del "bizarro general de bandoleros", como por sorna y burla cruel lo apodaban.

Hasta que un día, el bravo Felipe Neri no pudo callar más: ni su hombría, ni su dignidad, ni su vergüenza, pudieron soportar las bravatas de aquellos necios y estalló.

Había convencido a varios peones de la hacienda de que su deber los llamaba a las filas revolucionarias, para ayudar con las armas en la mano a Zapata, que pugnaba por reivindicar los derechos que les negaban gobierno y hacendados; los había armado con escopetas y pistolas viejas, y seguido de sus aliados, lanzó el grito de rebelión frente a la "casa grande"; aprehendió a empleados y a capataces que en aquel duro trance trocaron las mofas y cuchufletas por jirimiqueantes ruegos y femeniles lamentaciones, los fusiló en masa y fue a rennirse con sus antiguos compañeros.

De Felipe Neri sobrevivirá siempre, en el recuerdo de los campesinos surianos, el prestigio de su desinterés, de su valor y de su actividad, evidenciado en la larga lucha que sostuvo contra los enemigos del agrarismo en Morelos y Puebla.